

# Ritos, ángeles, demonios y otras bestias

Leonor Paulina Domínguez Valdés

La vida va pasando como una mera contingencia, no hay proyecto alguno que resista a su paso, no queda un sueño que no resulte asesinado, muerto o al menos herido por la mano de otro. Nada en la vida permanece como lo hubimos pensado alguna vez.

El paso de la vida eclipsa a las estrellas, las más luminosas y bellas son las que se apagan primero, las mejores voces enmudecen, los ríos más caudalosos se someten a la brutal tormenta de concreto que se vierte sin más miramientos sobre su lecho.

En todo ser humano existe esa eterna dialéctica en cuya arena, jamás se reconcilian los ángeles y los demonios. Hay gente es verdad, que vino al mundo con un hatillo cargado de bondad y en los bolsillos traía una dosis máxima de fe y de esperanza...La inocencia y una gran porción de ingenuidad podían encontrarse en la risa, las lágrimas, la naturalidad del movimiento y una entrega sin tasa, sentir que no conocía filtros ni dobleces. Agua pura...manantial, aunque no siempre sereno.

La presencia de los opuestos a veces resulta ser más evidente cuando podemos percibir a la distancia, la turbiedad en la mirada, la voz fingida, la sonrisa

vacía y presta a transformarse en dentellada-mordedura mortal que si alguien se deja le arranca el alma.

La vida de la humanidad es eso y no otra cosa, una lucha constante, guerra por no morir y por vivir bien, luego que muchos no han muerto. Pero, no hay quien resulte ileso, nadie, absolutamente nadie puede evitar ser traspasado por el filo de la lanza, la espada, la bala de cañón, el ácido que quema las entrañas, plástico hirviendo y convertido en fuego, cruz de madera, golpe bajo que hiere por la espalda, zarpazo inadvertido de las fieras...Nadie, lo he dicho, nadie se muere sin haber sido atacado mil y una veces por los demonios.

La lucha contra el mal es más que inmemorial, la especie humana ha tenido que ir descubriendo siempre nuevos remedios con los cuales poder curarse de los males que le enferman.

El hombre busca la cura para aquello que le enferma el cuerpo-alma que se hace presente cuando el sujeto se dobla de dolor de vientre, cuando le estalla el corazón porque le había crecido demasiado grande, cuando las piernas se le vencen y el espaldar se desgasta, cuando la vida nos alcanza, más tarde o más temprano, pero siempre.

**Leonor Paulina Domínguez Valdés**

Profesora de tiempo e investigadora en el Departamento de Humanidades de la UIA-Laguna.  
leonor.dominguez@lag.uia.mx

Lo sano y lo enfermo también se nos presentan como opuestos, eternos rivales irreconciliables y en guerra permanente. Lo sano es lo bueno, lo deseable, lo bello. Lo enfermo es lo malo, lo indeseable, y lo horrible.

Lo bueno sale de la mano de Dios, es una aproximación a escala y aún en prototipo de lo que algún día será la plenitud. Lo malo sale de la mano de las bestias demoníacas, también aparece ante nosotros en su mínima expresión, más pequeña que un nano y aún así terrible, amenazante y devastadora fuerza que con frecuencia destruye al otro-la otra hasta no dejar rastro de su existencia.

Pero después de todo, haber sobrevivido hasta ahora es una gran fortuna. Cada día que se vive es una oportunidad, siempre una nueva posibilidad para volver a empezar. En realidad, nunca se empieza, solamente se continúa con la elaboración del proyecto, se sigue con la vida y se es más siempre, porque se ha vivido más. Es verdad que se tienen menos posibilidades, porque el tiempo se está yendo, se está yendo siempre, esa conciencia enorme del eterno presente que se devora nuestra piel, nuestros huesos, ojos, dientes, cabello, que se lo engulle todo, todo.

Pero aunque el sujeto sepa que se está muriendo por instantes, aún no ha muerto y la oportunidad se abre, la vida le permite recordar aunque no aprenda y quien recuerda cambia, modifica el rumbo y si bien, dentro del continente-cuerpo se conserva el mismo-la misma, también puede ser diferente.

Gran parte del sentido de la vida de todas las mujeres y los hombres del mun-

do, radica en la importancia de sus ritos-rituales que se hacen necesarios para llenar de significado las vidas de la gente.

De entre los ritos, hay unos mucho más comunes que otros, esos se advierten al instante y a veces pareciera que se han gastado tanto que han perdido valor-sentido y por ello, aún los elementos simbólicos dejan de serlo y pierden su significado o por lo menos, éste se diluye frente al deseo de devorarlo todo, de consumirlo, de comprarlo.

Existen sin embargo otros ritos de sanación, de paso, de iniciación y de transición que son menos comunes y que no han sido absorbidos por esta sociedad que gusta de prostituirlo todo, que arranca de raíz las cosas, para luego trasplantarlas en sitios que hacen de lo sublime lo absurdo.

Cada submundo cultural tiene sus propias formas de expresión ritual, cada entorno de las profesiones del saber técnico también y cada sujeto su tiempo para realizarlos y celebrarlos. En ocasiones, sólo el o la sujeto celebrante sabe la naturaleza exacta del ritual, sólo ella-él saben la trascendencia de un ritual en específico, cada persona convierte en ritual una ocasión determinada, o bien, la propicia intencionadamente.

En todo ser humano llega siempre un momento en el que es ineludible realizar un exorcismo, lanzar fuera a los demonios-fieras que no le sueltan y le tienen-mantienen prisionero. Las bestias le han cogido fieramente entre sus fauces y no le dejan y cuando pareciera que en la lucha la víctima está a punto de lograrlo, sólo abren sus hocicos para cogerle más fuerte y más brutalmente.

Cada mujer y cada hombre tienen su tiempo y su momento para echar fuera a los demonios que le apresan, esos que le han sometido durante casi una vida, siempre los mismos aunque con un disfraz diferente, siempre iguales. Los demonios no cambian nunca, nunca he dicho, siempre son los mismos para cada mujer, para cada hombre. Pero cuidado, eso es lo que los vuelve casi invencibles, son los más grandes genios del engaño.

Los demonios, visten siempre con ropa diferente, cambian de género y de estado civil, de edad, de latitud y de altitud, se presentan en escenarios geográficos y políticos distintos, trepan por las paredes, reptan, se confunden con el color del suelo en el que la gente pisa, con las paredes mismas y acechan detrás de las puertas y entran por las ventanas y salen por los grifos.

Ahora bien, no hay demonio invencible, no, no lo hay, como no hay gente buena que al morir no haya llevado a manera de trofeo, un cetro con la cabeza y la cola de un malvado pendientes del mástil.

Todo acto de exorcismo tiene su momento, para cada persona el suyo y para cada quien la manera y las más de las veces, no son ni estruendosos, ni apoteóticos, suelen ser más bien discretos y sencillos. Empero, la experiencia previa es excitante, cabe siempre la duda, el temor, la incertidumbre. Durante el acto mismo, la emoción interna del sujeto le reviste de luz que se esparce entre la audiencia que escucha atónita aquello que desconocía-que aún desconoce. Después, la paz, la serenidad ansiada y anhelada, deseada y también merecida, el gozo que se siente cuando triunfan los justos, la satisfacción del deber cumplido, definición aristotélica de una sola palabra... nobleza.

Los demonios se han ido chillando por los pasillos, se han colado por las

bisagras de las puertas, han huido reptando panza arriba por los techos, se han vuelto a esconder entre la multitud y han enmudecido, pero ahí están y no hay que creer nunca que han muerto porque no es cierto. Los enemigos ahora están en silencio, acechando en espera de atreverse de nuevo a matar el anhelo incipiente, el sueño que hace que de noche descansen los cuerpos, la pasión, la alegría.

El ritual ha concluido, el exorcista y el exorcizado se han ido y se han ido con ellos sus ángeles guardianes, sus protectores, sus aliados. Algunos más visibles que otros, todos han estado presentes. Los ángeles visten el traje de siempre, ni plumas blancas, ni alas, ni polvitos brillantes en sus rostros, ni tiaras, ni coronas. Pero sí tienen sexo, entre los ángeles como entre los demonios hay mujeres y hombres, aunque la diferencia estriba en la naturaleza de sus espíritus.

Si los demonios no han muerto, no es porque sean indestructibles, sino porque se reproducen asombrosamente. A los demonios les seduce siempre lo fácil, lo aparentemente bueno, bello y verdadero... Les seduce lo que parece ser, porque les resulta familiar el hecho de identificarse con lo que no es, el falso ser, con lo inauténtico.

Si los ángeles no han muerto es simplemente, por obra de un milagro, porque de otra manera no es posible explicarlo.

**Nota:** el nano es hasta ahora, la unidad material más pequeña de acuerdo con la física cuántica. Desde otras aproximaciones, la teológica por ejemplo, se reconoce el nano como la unidad temporal más pequeña hasta ahora conocida. ♀

#### Referencias de consulta.

- 1.-Ember. *Antropología*. Ed. Prentice Hall. México; 2004.
- 2.-Jung Carl Gustav. *Tipos psicológicos*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires; 1995.
- 3.-Kottak Phillip Conrad. *Antropología cultural*. Editorial Mc. Graw Hill. México; 2002.
- 4.-Leon Felipe. *Obra completa*.
- 5.-Machado Antonio. *Obra escogida*. Editorial Bruguera: México: 1980.
- 6.-O'Murchu Diarmuid. *Reclaiming spirituality*. Editorial Orbis books. New York: 2005.